

das y se vistió de nuevo apresuradamente sus vestidos. Jaume se decía sonriendo:

—¡Tienes mucha prisa, mi joven Tiennet, pero será preciso que te detengas un poquito! ¡Caramba, sí, de seguro!

Cogió los dos garrotes de acebo, salió del árbol y fué á colocarse en medio del camino de Ceuil, entre las rocas.

Era como un cordero aquel Jaume; pero ya había partido el cráneo á un carbonero del Bouexis porque había mirado á Olivette con ojos codiciosos.

Tiennet apareció al punto en lo alto del acantilado. Como no tenía nada, su paso era seguro. Jaume reía á solas.

Tiennet aún no había percibido al pastor, aunque no estaban más que á algunos pasos uno de otro.

Ambos tenían la bondad y la franqueza pintadas en el rostro; pero únicamente en eso se parecían, pues todo lo demás era en ellos opuesto.

Aunque Tiennet fuese cuatro ó cinco años más joven que el pastor, le llevaba la cabeza. Su estatura era esbelta y graciosa bajo su traje de aldeano. El sol brillaba en su ensortijada cabellera negra. Su figura inteligente era pálida y blanca como la de un muchacho de la ciudad.

El pastor, por el contrario, era corto de estatura y regordete, tenía enormes espaldas, faz roja y sonriente, en torno de la cual revoloteaban cabellos rubios como el cáñamo.

Había, ciertamente, entre los dos tan evidente diferencia como entre un caballo de raza y un jaco del país. Pero ¿quién ignora que el jaco lleva fardos que derrengarían al caballo de raza?

Jaume arrojó uno de los garrotes á los pies de Tiennet, que alzó los ojos y vió al pastor en guardia.

Cogió tranquilamente el garrote.

—¿Qué tienes contra mí, querido Jaume?—preguntó.

—¡Escúpete las manos y ponte en guardia!—respondió el pastor rudamente.—¡Hablares después, si te agrada!

Tiennet quiso replicar; pero el garrote de Jaume, empuñado á dos manos, describió dos ó tres círculos

rápidos amenazando la cabeza de Tiennet con violencia terrible.

Jaume era el mejor garrote en cinco leguas á la redonda.

Tiennet retrocedió y se puso en guardia.

XVI

Los garrotes de acebo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

¿Dónde estaban Mathurin Houin el molinero, Pedro Mechet el espartero, Ivon, Faucin, Merieul y Louisic el panadero?

¿Dónde estaba la vieja Renata, idólatra del rosario, con sus bigotes y sus verrugas?

¿Dónde estaban las gentes de Ceuil, las de Vesvron y los mozos de Bouexis?

¡He ahí los garrotes que hacen tic, tac, pum!

Tic. ¡Mala parada! *Tac.* ¡Parada de lleno! *Pum.* ¡Ah, Dios mío! El garrote cae sobre las carnes marcando señales para todo un año.

En cuanto al golpe que da en las sienes no se imita su ruido: la muerte es muda.

¡Hola, Merieul! ¡Faucin y los demás! ¡Carboneros, embusteros, apaleadores, impertinentes!

¡Hola, colonos! ¡Llegad presto, ó será tarde! No está lejos el momento en que Jaume dé con su cuerpo en tierra.

¡Llegad á ver lo que vale un muchachote blanco y pálido delante de Jaume, el pastor de Ceuil!

Pero no había nadie en el otero ni en el bosque: era un duelo sin testigos.

Los garrotes se movían que era un encanto; nada de suspensión, nada de tregua: se golpeaban siempre, siempre.

Jaume, que era un maestro, trabajaba con todas las reglas del arte. Atacaba de frente, de lado, al

vientre, á la oreja, haciendo molinetes, avanzando. Tiennet Blóne, siempre sereno, estaba á la defensiva y paraba cuanto podía.

Al ver su frente, que en aquel momento parecía más pálida, cualquiera hubiese creído que tenía miedo. Mas para convencerse de lo contrario no había más que ver sus grandes ojos negros, serenos y brillantes.

Al atacar, decía Jaume:

—¡Bueno, bueno! ¡A fe mía que esto terminará, Tiennet! Dicen fundadamente que eres hechicero. ¡Bueno, vamos á verlo! Puesto que lo sabes todo, ¿sabes parar este golpe?

Era aquél un golpe á la oreja, lanzado horizontalmente después de un ataque al sesgo (golpe de caderas); pero lanzado con tal presteza que, indudablemente, hubiera partido el cráneo de Tiennet como si fuera una botella vacía.

Tiennet no se cuidaba gran cosa de defenderse según el rigor de las reglas. Era robusto, diestro, bravo como un león; pero acaso había descuidado demasiado el *gay* saber del garrote. Sin embargo, evitó el famoso golpe de oreja saltando un poco de lado.

—¡Falló!—dijo Jaume con desprecio y sin hacer tregua por nada del mundo.—¡Dirige tu garrote al sesgo, así, y seguramente me rompes una pierna!

Había unido el ejemplo al precepto, y su garrote, dando vueltas de alto á bajo, amenazó el flanco de Tiennet, que nuevamente saltó de lado.

—¡Hermosa finura!—exclamó Jaume, que decididamente se enfurecía.—¡Saltas como un cabrito á la derecha y á la izquierda! ¡No, no; no eres hechicero, mi querido Tiennet, y ahora mismo voy á impedir que saltes!

Esto anunciaba un formidable golpe de caderas, que no se hizo esperar; pero Tiennet botó más de dos pies sobre el garrote, y Jaume le encontró frente á él, en pie y tan tranquilo como antes.

Todo el cuerpo del pastor estaba inundado en sudor, sin que hubiera tocado una sola vez á Tiennet. La única ventaja que obtuvo, por la incomparable superioridad de su juego, había sido ganar sin cesar terreno, mientras que Tiennet lo había perdido.

El resultado no era despreciable, considerando que el otero terminaba en un precipicio de ciento cincuenta pies de altura.

Una vez que Tiennet retrocediera hasta allí, era hombre perdido, á menos que, en efecto, fuera hechicero ó tuviese alas.

Jaume se guardaba bien de descubrir su proyecto; pero todos sus esfuerzos tendían á acorralar á Tiennet, que parecía no pensar en aquel peligro, como en ningún otro.

Habían franqueado, Jaume avanzando y Tiennet retrocediendo, más de las tres cuartas partes de la plataforma.

Jaume empezaba á sonreírse en sus barbas.

—¡Ah, las muchachas corren, seguramente, detrás de ti, mi hermoso joven Tiennet!—decía como para excitar su rencor en el momento de dirigirle el gran golpe.—¡Oh! ¿Te gustan las prometidas de los amigos? ¡Toma esto y esto! Saltas lindamente, no eres hechicero... ¡y mañana no saltarás más!

Un último bote puso á Tiennet á dos pasos de la balastrada.

Los ojos del pastor se le saltaban de las órbitas, sus mejillas de fuego secaban el sudor antes que cayera, y su furor, rayano en el paroxismo, le convertía en una bestia feroz.

Era un carnero rabioso, del cual no se podía esperar cuartel.

Alzó el garrote. Esta vez era necesario que Tiennet recibiese el golpe á pie firme, porque un salto de dos pasos tan sólo le hubiera precipitado en el Vesvre.

Pero Tiennet no se arredraba. Se le ocurrió un golpe que no estaba en las reglas del garrote, un golpe magnífico que hubiera maravillado á Faucin, Merieul, Ivon y los demás; un golpe que hubiera merecido los elogios del mismo Mathurin Houin, el Néstor de Vesvron.

Ya hemos visto aquel golpe en el Gran Café de la Industria, aplicado al docto bastón del señor Morin, médico realista.

En el momento en que Jaume atacaba á Tiennet, éste soltó su arma, que cayó á sus pies, y cogió al

vuelo la estaca del pastor. Una brusca sacudida le hizo soltarla. El garrote giró entre las manos de Tiennet como la rueda de un carruaje lanzado al galope, y salió por la tangente para ir á caer al Vevre, en el sitio donde el mismo Tiennet iba á ser precipitado.

Jaume, un instante estupefacto, se agachó instintivamente para coger el otro garrote. Tiennet lo había previsto, y las dos cabezas chocaron con violencia.

¡Dos buenas cabezas bretonas, dos ollas de hierro!

Tiennet se irguió con su garrote en la mano.

Jaume fué á caer á diez pasos, aturdido y con los ojos ensangrentados.

—¡Hechicero!—refunfuñó levantándose para huir.

—¡Ya me lo habíais dicho! ¡Hechicero! ¡Hechicero!

Tiennet sonreía sin rencor ni desprecio.

—¡Quédate!—dijo.—Ya sabes que no he de hacerte daño.

—¡Lo sé!—replicó el pastor, que no parecía tranquilo.

Sin embargo, se detuvo, no juzgando oportuno desobedecer.

Tiennet se le acercó.

—¡Toma tu garrote!—le dijo.—¡Qué bobo eres!

Jaume abrió desmesuradamente los ojos; aquello le llegaba al alma.

—¡No!—dijo con respeto.—¡No hay muchos mozos como tú, Tiennet Blône! ¿Por qué Olivette se ha interrumpido entre nosotros dos?

—¿Olivette?—dijo Tiennet desdeñosamente.

—¡No mientas!—interrumpió Jaume.—Anteayer mismo te han visto en el corredor después de media noche ante la puerta de su cuarto.

—¿Quién ha dicho eso?

—Pedro Mechet.

—Pedro Mechet no ha mentado, mi pobre Jaume; sólo que cuando corro por los pasillos á media noche ni siquiera pienso en Olivette.

—Pues ¿en quién piensas?—preguntó el pastor.

Tiennet no contestó; una nube de tristeza obscureció su frente.

—Y cuando hablas con Olivette—repuso Jaume, cuyo entrecejo se fruncía á pesar suyo,—cuando

hablas á solas con Olivette por la noche detrás del castillo, ¿no piensas en ella?

—No—replicó Tiennet.

Jaume oprimió el garrote entre las manos.

—¡Tiennet!—exclamó.—Mañana ó pasado empezará esto nuevamente. ¡Puesto que habías ganado la partida, hubieras hecho mucho mejor, seguramente, en romperme la cabeza!

Hablando habían traspuesto el otero, y se encontraban sobre una de las dos rocas que flanqueaban la abertura del camino de Ceuil.

—¡Mira allí!—dijo Tiennet volviéndose para dirigir una ojeada al Sol, que declinaba hacia el ocaso; después repuso:—Voy á abandonar el país, Jaume.

—¿De veras?—exclamó éste en un transporte de alegría.

Pero Jaume tenía un excelente corazón. Su primer movimiento fué de celos reprimidos; el segundo, de pesar: un pesar sincero, porque en el fondo amaba á Tiennet, y la idea del destierro es la más amarga de todas para los buenos hijos de Bretaña.

—¡Oh!—dijo cambiando de tono.—¿Vas á partir, Tiennet Blône? ¿Y por qué?

—¿Acaso lo sé?—murmuró nuestro joven.—No soy feliz, mi pobre Jaume. A la hora en que te hablo, mi suerte está jugada. Debo correr, correr muy de prisa para leer la página en que está escrito mi destino.

Tiennet podía continuar hablando dos horas en aquel tono sin que Jaume le comprendiera.

—¡Es verdad!—dijo.—¡Tú sabes leer! Ah, caramba, si tú quisieras, llegarías, seguramente, á ser vicario!

—¡Debiera correr, correr!—repitió Tiennet, cuyo rostro estaba como inspirado.—Porque ¡á veces se llega demasiado tarde, y la vida es larga para lamentarlo y arrepentirse. Pero hay aquí personas á quienes amo, y puesto que no podré velar por ellas, quiero siquiera que les quede un defensor. Escucha bien, pastor, y retén cada una de mis palabras como retienes las palabras de tus oraciones. Amas á la señorita Berta, ¿verdad?

—¡Si amo á la señorita!—exclamó Jaume.—¡Oh, sí, y en verdad, como una fiera! El año pasado, cuando

la buena mujer Mathurine, mi madre, cayó con las fiebres durante seis semanas de invierno, el señor Fargeau me había despedido de la casa. Estaba ocioso en la cabaña, donde no había lumbre ni pan. Y la buena mujer se moría. ¡Oh, querida señorita! ¡El ángel bueno de los desgraciados! Una mañana mi pobre madre había cerrado los ojos, y yo lloraba en un rincón como un cobarde. La puerta se abrió muy despacio, y vi entrar un perrito blanco como la leche, que tiraba de una cinta rosa á cuyo extremo había una mano más blanca que la lana del perrito. La señorita Berta entró. ¡Qué Dios la bendiga!

Jaume tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Entró—continuó—y con ella el consuelo del buen Dios. Mi madre tuvo remedios y yo pan. Volví al castillo, y ahora mi madre va tan valiente el domingo á la parroquia. Lo que la señorita ha hecho por nosotros, lo ha hecho con otros muchos. Su corazón es lo mismo que su rostro: ¡el más hermoso de todos, el más dulce. ¡No miento! ¡Me dejaría matar un millón de millones de veces por proporcionarle siquiera el placer más insignificante!

—No es preciso que te dejes matar, querido—replicó Tiennet sonriendo;—es preciso vivir, porque ella tendrá necesidad de ti.

Jaume era todo oídos.

—Cuando he hablado á Olivette—repuso Tiennet, —ya de noche ó de día, no era por ella, pues la desprecio...

—¡Oh!—interrumpió Jaume. —¡No me digas eso á mí!

—¡Calla!—prorrumpió Tiennet con autoridad.—La desprecio y la odiaría si mereciese la pena. Era por la señorita Berta.

—¡Oh!—interrumpió Jaume, mas esta vez sin mostrar cólera, pues la curiosidad se había apoderado de él.

—Olivette puede hacer mucho daño—prosiguió Tiennet:—no tiene corazón, y el Diablo le ha enseñado lo que nuestras jóvenes ignoran. Tú, Jaume, la amas como un loco. Pues bien, en vez de casarte, le aplastarás la cabeza entre dos piedras.

Jaume retrocedió con horror.



La puerta se abrió muy despacio, y vi entrar un perrito blanco ...

Después, sin saber lo que hacía, se llevó las manos al pecho, y con el acento que á veces tienen muchos mozos y que llega hasta el fondo del alma dijo:

—¡Así será si intenta hacer daño á la señorita Berta, aunque me muera de pena! ¿Es eso todo?

Tiennet le apretó la mano.

—¡Te conocía, Jaime!—dijo.—Tengo dos pistolas, que eran del padre Blóne; te las dejaré.

Jaume golpeó con el garrote, como diciendo:

—¡He aquí lo que vale más que todas las pistolas del mundo!

Tiennet continuó:

—También yo amo á la señorita Berta, no sé si por ella ó por el señor Luciano; pero la amo. Quisiera permanecer aquí; pero cada uno tiene en pos de sí un brazo que le empuja. Mira, Jaime, el señor Luciano Crehu, el bravo y buen corazón, es para mí lo que para ti la señorita Berta. También yo un día estuve desesperado. Me hallaba sólo en casa de mi padre muerto, que acababa de darme á conocer un secreto que hacía un hombre del niño de la víspera, y me abrazó como si hubiera sido su hermano. Al día siguiente acompañó al cementerio al buen hombre Santos Blóne, solo conmigo y llevándome de la mano. ¡Escúchame, pastor! Cuando el viejo Juan del Mar haya muerto, ocurrirán cosas extrañas en el castillo de Ceuil. La señorita Berta heredará quizás toda su fortuna...

Jaume se restregó las manos y arrojó el sombrero al aire.

—Quizás no le quede nada en el mundo—terminó Tiennet.—Tranquízate y déjame hablar. Tú has oído decir varias veces que yo sé muchas cosas...

—¡Oh, sí!

—Es cierto: todos los secretos que se ocultan en ese gran castillo, cuyas chimeneas rojas humean bajo los árboles, los conozco, excepto uno solo, el único que quisiera saber. No soy hechicero, mi pobre Jaime; pero ¿te acuerdas cuando Juan del Mar dejó caer su anillo de oro en el estanque un día que estaba pescando? Para encontrarle se sondeó el estanque desde el Vesvre hasta la esclusa. ¡Y qué cosas se descubrieron! ¿verdad? Rejas de arado, un

casco, la cadena de plata de un senescal, monedas del tiempo de los hugonotes. Pero la sortija de Juan Crehu, imposible encontrarla. Lo mismo es mi historia: lo que no buscaba lo he encontrado; lo que busco se me escapa, y quizás se me escapará siempre.

Tiennet hubiera pasado ocho horas consecutivas explicando categóricamente su situación, que Jaime no hubiera acabado de comprender; pero con ayuda de esta comparación fué cosa hecha el comprenderlo. Solamente que Jaime no sabía lo que Tiennet buscaba con tanta pasión sin poder encontrarlo.

—¡Ah, caramba!—dijo.—¡Comprendido!

Tiennet se volvió vivamente, porque había creído percibir un ruido ligero tras la roca, del lado del bosque.

Su movimiento espantó á una de las vacas, que justamente ramoneaba en aquel sitio. Giró sobre sí misma con la juguetona pesadez de los rumiantes y llegó al otro extremo del otero, con la cabeza al ras de la hierba, balanceando sus ubres henchidas de leche.

Tiennet pensó que el ruido escuchado procedía de la vaca, por lo que en modo alguno se inquietó, y repuso:

XVII

El artículo 916.

—Juan del Mar ha hecho dos testamentos. En el uno se lo deja todo á la señorita Berta: el otro no lo conozco; pero lo adivino, porque conozco á Juan del Mar. Cuando haya muerto...

—Pero—dijo Jaime—no será tan pronto, pues está mejor.

Tiennet meneó la cabeza.

—Hay una víbora en el castillo de Ceuil—dijo tan

bajo que el pastor apenas pudo oírle.—Cuando veo esa cabeza calva coronada en las sienes por largos y lacios cabellos, la mirada dulce, la sonrisa falsa...

—Muy parecido al señor Fargeau es ese retrato— interrumpió Jaume.

—Si Juan Crehu no muere hoy, morirá mañana. ¿Qué importa cuándo? Lo que yo quería decir es que, muerto Juan Crehu, si la señorita Berta es la heredera, la señorita Berta será asesinada.

La palabra se atravesó en la garganta del pastor.

—¡Asesinada! ¿Entiendes?—repitió Tiennet en voz baja, pero entera.—No se tratará solamente de la víbora Fargeau Crehu de la Saulays; serán diez contra ella: diez corazones ambiciosos y perversos. Bien sé que la ama el señor Luciano; pero ¿sabrá protegerla? Es tan bueno que la idea del mal no puede penetrar en su espíritu. Cree en la amistad de Fargeau, cree en todo, y cuando los hechos le hayan desengañado, ya no será tiempo.

—¿Es verdad que el señor Luciano ama á la señorita Berta?—preguntó Jaume.

—Es preciso que lo sepas todo—respondió Tiennet:—no sólo el señor Luciano ama á la señorita Berta, sino que le ha prometido ser su esposo.

—¡Cosa más justa!—dijo el pastor.

La vaca no estaba ya cerca de la roca, y sin embargo Tiennet oyó el ligero ruido que ya le había hecho antes volverse. Esta vez se levantó; pero no había nadie detrás de la roca. Al menos Tiennet, que tenía buenos ojos, no vió sombra ni rastro.

—El tiempo avanza—continuó,—y yo parto: tengo muchas cosas que hacer. Procura comprender y no olvidar nada. La promesa de que te hablo es una promesa escrita. Además, hay otra cosa.

Aquí Tiennet habló al oído del pastor, que enrojeció como una joven.

—¡Caramba!—murmuró.—¡Puesto que hay promesa de matrimonio! ¡No importa, Tiennet! Si otro que tú me lo dijera, tanto peor para él.

—¡Que Dios bendiga á los dos—repitió Tiennet,—porque son generosos y buenos! No querré á nadie en mi vida como quiero á Luciano Crehu, mi amo y mi hermano. Antes de partir no volveré á verle, porque

tendría miedo de mí mismo. Tú, Jaume, me reemplazarás á su lado. Quiérelle por el amor de la señorita Berta, como yo quería á ésta por el cariño suyo. Los dos no tienen más que un corazón. Vela por ellos ¡Guárdate de Fargeau y de Olivette! ¡Adiós!

Jaume no respondió, pero estrechó fuertemente la mano que Tiennet le tendía.

Tiennet partió, tomando á grandes pasos el camino del castillo.

Cuando desapareció bajo los árboles, Jaume reunió sus vacas.

Desprendió de su camisa una horquilla adornada con un lacito de lana, que era un regalo de Olivette, á quien tanto amaba, la besó y después la arrojó al Vesvre.

En aquel momento el doctor Meaulle pasó montado en su jaco; volvía del castillo.

—¿Cómo va, señor *Miaude*, salvo vuestro respeto?—preguntó el pastor.

—Con un estómago como el mío se vive cien años, mocito.

Jaume arreó á sus vacas. Hubo una que bramó al pasar cerca de la roca en que Tiennet había por dos veces oído ruido.

Jaume tenía el corazón conmovido, le picaban los ojos y tenía ganas de llorar.

Detrás de la roca había un acebo verde de agudas hojas y abundantes ramas. Al pasar Jaume, el acebo se agitó, y entre su follaje apareció la cabeza descolorida del señor Fargeau Crehu de la Saulays, que sonreía dulcemente.

Como el otero quedaba desierto, saltó de su escondite y llegó al ángulo de la roca para examinar el camino de Ceuil.

—¡Víbora!—murmuró sin dejar de sonreír.—Ese Tiennet hace bien en marcharse. ¡Hubiera podido morderle!

Después añadió frotándose las manos:

—¡Ah, existe una promesa de matrimonio... escrita! ¡Hermosa idea la de escribir promesas de matrimonio á una mujer que no puede leerlas! A fe mía, si á ella no le sirve de nada, yo trataré de utilizarla. Es preciso no perder ningún detalle.

Hacía ya algún tiempo que el señor Fargeau Crehu estaba oculto tras la roca; pero no había ido solo á la Mestivière. Besnard, el hombre de negocios, estaba con él desde su llegada.

Se trataba de graves deliberaciones. El notario Menand y el doctor Morin estaban convocados y la bella Olivette también debía acudir.

Encontrando el sitio ocupado, Fargeau y Besnard habían resuelto desde luego desandar el camino para que sus amigos no se acercaran, sobre todo Olivette, cuya presencia hubiera excitado, seguramente, las sospechas del pastor. Pero algunas palabras cogidas al vuelo habían atraído de tal manera á Fargeau, que su elección no fué dudosa.

Besnard fué el encargado de volver sobre sus pasos y de conducir al bosque á Olivette, al notario y al doctor, y Fargeau permaneció allí para escuchar.

Escuchó á su gusto una buena parte de la conversación, aunque no toda.

La parte que sorprendió más completa fué la que se refería á la promesa de matrimonio escrita y firmada por Luciano Crehu. No lo dudó, y á su asombro se mezclaba cierto gozo.

Era una naturaleza dulzona y tortuosa, capaz de llevar el disímulo hasta lo sublime; hipócrita por instinto y por gusto, odiaba los medios violentos.

Era un espíritu mezquino, tímido y ambicioso, ó más bien, ávido de adquirir.

Era un corazón seco, susceptible de odiar mucho y de ocultar su irreconciliable rencor bajo una espesa capa de miel.

Había amado á su prima Berta; pero á la sazón la detestaba, porque Berta había preferido á Luciano, á quien por la misma causa aborrecía.

En lo físico, Fargeau Crehu tenía la apariencia de las gentes estudiosas y modestas que se dedican al sacerdocio; apariencia de todo punto respetable cuando se une con el candor del neófito, apariencia fácil de copiar, y que tanto daño ha hecho á la religión por el gran número de industriales que se han servido de ella en todo tiempo como de una máscara.

Vestía de ordinario traje negro, levitón largo que

casi le llegaba hasta los pies y calzones abiertos por abajo. Bien que muy delgado, sin aquel ingrato traje el señor Crehu no hubiera sido más chocante que otro cualquiera; mas dicho traje exageraba sus defectos, dándole el aspecto de un fugado del seminario, haciendo resaltar su escuálida figura, en cuya cúspide se articulaba una gran cabeza con un rostro descolorido é hipócrita, coronada de incoloros cabellos que se agrupaban en las sienes como la tonsura de un benedictino.

Cuanto más bella es una cosa, más fea y odiosa es su caricatura. Fargeau era la caricatura de un sacerdote.

Contaba treinta años á lo sumo. Nadie le querfa en el lugar; pero la repulsión que inspiraba no se fundaba en ningún hecho positivo: nadie podía decir que había cometido una mala acción.

Fargeau Crehu, solo en el otero de la Mestivière después de la partida de Jaume y de Tiennet, se paseaba con las manos cruzadas sobre las amplias mangas de su levita. La plaza estaba libre; sus compañeros podfan ya ir. Aguardándolos pensaba en una combinación que, una vez conocida, nos dará la medida exacta de aquel espiritual y prudente joven.

Se trataba de la promesa de matrimonio Fargeau pensaba: «¡Es asombroso! ¿Dónde demonios puede haber guardado esa promesa de matrimonio?»

Parecía buscar en el fondo de su cerebro; no encontraba nada, y repetía: «¡Es asombroso!»

Para explicar estas palabras nos bastará á decir al lector que el joven Fargeau Crehu de la Saulays, espíritu fuerte y muy por encima de los prejuicios vulgares, había roto hacía tiempo con los necios escrúpulos que los tontos llaman «delicadeza».

Fargeau gustaba de saber. En su consecuencia, con discreto paso subía frecuentemente las escaleras del castillo, atravesaba sin ruido los pasillos, entraba en las habitaciones vacías y las inspeccionaba minuciosamente. El secreter de su primo Luciano y la cómoda de Berta no encerraban misterios para él.

Tenía, pues, sus razones para asombrarse, porque dicha promesa de matrimonio no la había encontrado en el secreter de Luciano ni en la cómoda de Berta.

Para desenvolver el plan que su cerebro concebía, era preciso saber dónde estaba la promesa de matrimonio, base de la combinación.

Estando Fargeau en lo mejor de sus reflexiones, apareció entre las rocas Besnard, el hombre de negocios, que, habiendo visto pasar á Tiennet y después al pastor, no se tomaba el trabajo de ocultarse.

—El doctor y el notario se han retrasado y no ha sido preciso darles contraorden. En cuanto á Olivette, va á dar un rodeo por el bosque y la tendremos aquí dentro de media hora.

—Está bien—contestó Fargeau, que no salía de sus meditaciones.

—¿Y qué hemos oído?—repuso Besnard.

—De aquí y de allá—respondió Fargeau.—¿Está usted bien seguro de que no nos han seguido?

—Completamente seguro.

—Este sitio no me gusta más que á medias desde que sé por experiencia que se puede escuchar oculto detrás de las rocas. Será preciso escoger otro.

—Mientras esperamos, hablemos—dijo el hombre de negocios.

—Sea—dijo Fargeau;—pero de lo que voy á decirle es preciso que ni el aire se entere.

—¡Oh, oh!—dijo Besnard con evidente curiosidad.

—¡Soy todo oídos!

Y se sentaron uno al lado de otro, con las piernas colgando, al extremo de la plataforma y fuera de la balaustrada, cuyas malezas los ocultaban por la parte del castillo.

El hombre de negocios, especie de perro dogo, naturaleza de alguacil rural, inquiridor de llagas y deformidades, casi tenía el aire de un honrado muchacho al lado de Fargeau.

Este cruzó sus blancas manos sobre las rodillas y dijo con beatífico acento:

—Lo que tengo que decirnos será para más tarde. Ahora voy á preguntaros francamente si no tendríais vicio de nulidad un testamento hecho por mi tío en favor solamente de Berta.

—Sería preciso ver el testamento.

—No me comprende usted: supongo el testamento enteramente en regla, y le pregunto...

—¡Bien, bien!—interrumpió Besnard.—Usted quiere saber, en dos palabras, si papá Juan Crehu tiene derecho á dejar todos sus bienes á la pequeña.

—Eso mismo.

—Pues bien, eso no es un problema. Juan del Mar no tiene herederos directos. Puede legar todos sus bienes al primer advenedizo, legalmente, debidamente: los que no estén contentos pueden ir á contárselo al nuncio.

—¿Está usted seguro?

—Es una verdad de Pero Grullo: Código civil, libro III, título III, *Donaciones y testamentos*, artículo 916: «A falta de ascendientes ó de descendientes, las donaciones por actos entre vivos ó testamentarios podrán alcanzar á la totalidad de los bienes».

¿Es esto claro?

Besnard tenía el aire triunfante del hombre que cita un texto.

Por el contrario, la nariz del joven Fargeau se dilató considerablemente.

XVIII

Un demonio y una mujer.

—Es claro—dijo repitiendo las últimas palabras de Besnard;—pero es altamente sensible.

El hombre de ley cambió de tono:

—¿Cómo! ¿Es que Juan Crehu?..

—De eso es precisamente de lo que quería hablarle—interrumpió Fargeau.—Hasta ayer, mi tío tenía dos testamentos en su gaveta: hoy no existe más que uno de ellos.

—¿Dos testamentos?—repitió Besnard con aire de estupefacción.

—Y eso me induce á creer—continuó Fargeau—que uno de los dos es á favor de Berta. Usted sabe

que el Diabolo la ha dotado de una voz magnífica y que á mi tío le gusta con pasión oírle cantar. Pues bien, esta noche, por un singular capricho, en el momento en que Luciano y yo le creíamos en la agonía, mandó á Berta que cogiera su arpa, y mientras cantaba ella es cuando ha quemado uno de los dos testamentos.

—¡Ah!—dijo aterrado el hombre de ley.—¿Ha quemado uno de los dos testamentos mientras la pequeña cantaba? ¡Malo!

Después añadió con espanto:

—¡Mire que si hubiese muerto anoche!

—Hubiera podido apoderarse de la gaveta.

—¡Hum! Es duro eso de sustraer un testamento. Además, deja el campo libre á las cuarenta docenas de colaterales. Preferiría mejor á los Romblon.

Fargeau hizo un gesto de repulsión.

—¡Nada de niñadas!—exclamó rudamente el hombre de ley.—Conozco los asuntos, y los Romblon no son capaces de dejarse coger. Se encuentran justamente en las cercanías del castillo.

—Tengo otro medio mejor que los Romblon—dijo Fargeau.

Besnard meneó la cabeza.

—¡Otra comedia! ¡Embrollos de que se aprovecharía el Demonio!

Fargeau posó su mano, blanquecina y arrugada como la de una vieja, sobre la ruda del hombre de ley.

—Escuchad, pues—dijo muy bajo.—¿Y si Berta desapareciera?

Besnard le interrogó con los ojos.

Jamás había tenido Fargeau una fisonomía más dulce ni más cándida.

—No os lo he dicho todo—repuso:—aún me queda hablaros de lo que acabo de oír. Pero antes conven-gamos un plan: Olivette va á llegar. Renuncio á mi antiguo plan, que nos comprometería demasiado ante esa pobre muchacha. No le contaremos más que cualquier mentira muy inocente, y el golpe estará dado. Conozco á Berta. No volveremos á oír hablar de ella.

—No comprendo—dijo Besnard.

Y añadió después:

—Además, aunque Berta parta, el testamento subsiste.

Una sonrisa hipócrita asomó á los labios de Fargeau.

—Tendremos el honor de conservar á mi respetable tío algunos días aún—dijo,—y cuando sepa que Berta se ha perdido... ó muerto, si usted quiere...

—¡Eso ya es mejor!—interrumpió Besnard.—Veamos toda vuestra historia.

Como el famoso plan de Fargeau ha de desenvolverse ante nuestra vista, sería superfluo explicarlo de antemano al lector. Bástenos decir que habló un cuarto de hora, sin animarse, sin precipitarse, con la misma calma que si se hubiera tratado de un asunto trivial. Cuando hubo terminado, el hombre de ley se levantó.

—¡Creo que es usted el Demonio, señor Fargeau!—dijo.—Pero eso no me concierne. ¡Pobre señorita! ¡En fin, no importa! Oigo llegar á alguien... La historia es buena y puede dar resultado.

—Es Olivette—dijo Fargeau.—¡Manos á la obra!

—¡Manos á la obra!

Olivette descendía de la montaña saltando y retozando.

Era una linda muchacha, insinuante, sonriente y graciosa por lo atrevido de sus movimientos; tenía boca roja y agraciada, hermosos ojos brillantes y encendidos, talle fino, paso ligero y mucho ingenio.

Casi nunca estaba melancólica, á no ser cuando Tiennet Blóne estaba á su lado y no la miraba.

Fargeau y Besnard subieron delante de ella.

—¡He aquí nuestra pequeña Olivette!—exclamó alegremente el hombre de ley.

—¡Nuestra buena y pequeña Olivette!—agregó el joven Fargeau, que acarició paternalmente con el dorso de la mano las mejillas de la linda muchacha. Besnard prefirió acariciarle la barba. ¡Cuestión de gustos!

—¡Vaya, no está bien!—dijo con aire de enfado.—¡Dejarme allí, con los pies calados en la yerba y esperándolos!

—Es cierto—repuso Besnard;—la señorita Olivette no lleva zuecos.

—¡Zuecos!—repitió la joven alzándose la falda.

—¡Zuecos!—repitió Fargeau.

Fué una excelente transición.

—¡Zuecos!—repitió éste nuevamente con acento enardecido.—¿Olivette zuecos? ¿Qué decíamos ahora, mi querido señor Besnard?

—¿Que decíamos, mi buen señor Fargeau?

—¿No decíamos que Olivette se parece á una aldeana como un conejo blanco se parece á un topo?

—La verdad es que decíamos eso—dijo Besnard.

Olivette, roja de placer, sonreía y bajaba los ojos.

—¡Caramba!—balbuceó.—No hay razón...

—No es un reproche—se apresuró á continuar Fargeau.—Lo demás que decíamos era hablar para pasar el rato. ¿Verdad, señor Besnard?

—Es preciso charlar de algo, señor Fargeau.

Fargeau dijo á Olivette al oído:

—El señor Besnard me decía: «¡Qué lástima ver á esta hermosa joven enterrada en un rincón!»

—Y usted añadía, señor Fargeau—repuso Besnard:—«¡Qué lástima! ¡Cuando se piensa que acaso va á casarse con ese rústico de Jaume!»

—¡Caramba!—dijo Olivette.

—¡Un imbécil!—añadió Fargeau.

—¡Un pelele!—dijo Besnard.

Olivette no se preocupaba de contradecirlos, limitándose á murmurar, retorciendo el delantal:

—¡Caramba! ¡Caramba!

Aquel *caramba* quería decir:

—Señores míos, escuchad: es preciso que me case con alguien.

Pero de repente una súbita idea pareció iluminar su cerebro. Miró de frente á Fargeau, abriendo sus grandes ojos y mostrando su dentadura, blanca como la nieve.

—¡Toma! ¡Toma!—murmuró.—¿Es que usted se casaría conmigo, señor Fargeau?

Tan imprevista era la pregunta, que Fargeau no pudo menos de sonreirse.

—¿Y por qué no, hija mía—dijo,—si mi inclinación no me indujese al celibato?

—Entonces—dijo ella,—¿es usted el que quiere casarse conmigo, señor Besnard?

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó el señor Besnard con la mayor galantería del mundo.—No es el deseo lo que me falta, hermosa niña; pero soy padre de familia.

Olivette se desconcertó.

—Entonces—repuso dudando,—¿qué voy á hacer?

—Pero—se apresuró á decir Fargeau—hay otros, aquí y en otras partes. No es preciso casarse en Vevron.

Olivette cobraba ánimos.

—¡Bien seguro!—exclamó.—¿Hay acaso alguien en Vitré que quiera casarse conmigo?

—Quizás—respondió Fargeau, que hizo una seña al hombre de ley.—En todo caso, si Olivette tuviese siquiera una pequeña dote, no habría uno, habría ciento.

Olivette suspiró, pensando que acaso Tiennet entraría en el número.

—Sí—dijo tristemente;—pero no tengo dote... grande ni pequeña.

En aquel momento Fargeau cambió de tono y adoptó un aire grave.

—He aquí justamente el asunto, mi pobre niña—dijo:—el señor Besnard y yo hablábamos de eso.

—¡No es posible!—dijo Olivette, que al fin sospechó que se burlaban de ella.—Muchas veces me ha llevado usted á los rincones, señor Fargeau; pero nunca me ha hablado de ese modo.

Besnard tosió; Fargeau cruzó los brazos sobre el pecho. Pero Olivette no le dió tiempo para constestar.

—Debía estar con la señorita Berta—repuso.—Adiós, señor Fargeau; adiós, señor Besnard. Cuando quieran reirse de una pobre muchacha, será preciso que vayan á buscarla á otra parte. ¿Se enteran?

Y haciéndoles una seña con la mano, ganó el sendero en dos saltos.

—¡Olivette! ¡Olivette!—gritó Fargeau.—¡Escúchame, hija mía!

—¡Olivette! ¡Olivette!—repetía el hombre de ley.—¡Eso no es discutir! ¡Vuelve y hablemos razonablemente!

Olivette subía el sendero que conducía á Ceuil y aparentaba no oír.

Y su gentil voz agridulce cantaba cadenciosamente un aire del país.

—¡Es preciso que vuelva á toda costa!—dijo Fargeau á Besnard.

—¡Olivette! ¡Olivette!—gritó aún Fargeau.

Olivette se volvía á medias, sonreía, coqueteaba y continuaba cantando.

Fargeau se lanzó tras ella, y con una agilidad de que no se le hubiera creído capaz, alcanzó á la joven en cuatro saltos.

—¡Olivette!—le dijo en voz baja.—¡Vuelve, que te va en ello tu suerte!

—¡La señorita Berta me aguarda!—respondió la joven.

—¡Un diablo y una mujer!—murmuraba Besnard en el otero.—¡Veamos si, como siempre ocurre, el diablo se apodera de la mujer!

Y desde arriba seguía los movimientos de Fargeau y de Olivette. Aquél le dirigía cariñosas palabras y ésta continuaba su canción caminando hacia el castillo.

Sin embargo, Olivette se detuvo de pronto.

Fargeau acababa de hablarle al oído.

La joven dudó y por fin retrocedió en su camino.

—¡El diablo es el más fuerte!—pensó Besnard.—¡Es la regia! Pero ¿qué le ha dicho para tentarla?

Una sola palabra: ¡pobre Olivette!

Fargeau había pronunciado el nombre de Tiennet Blône.

XIX

Tentación.

Volviendo á descender de la montaña, Olivette y Fargeau hablaban. Fargeau decía:

—Es inútil que Besnard sepa vuestros asuntillos,

hija mfa. Teniendo una dote, Tiennet Blône se arrojará ante usted.

—¿Será á mí á quien ame?—preguntó Olivette.

Fargeau se encogió de hombros.

—Tengamos ante todo la dote—repuso,—y Dios sabe, mi pequeña Olivette, que no ha de costarle trabajo ganarla. Se trata de mi querida prima Berta.

Olivette se detuvo.

—Si es para hacerle el menor daño—dijo,—rehusaría todas las dotes del mundo. ¡Es tan buena y tan desgraciada!

—¿Daño?—exclamó Fargeau.—¿Piensa usted en eso, hija mía? ¿Hacer daño á mi prima Berta?

—¡Es verdad, usted es su primo!—dijo la joven disponiéndose á marchar.

Lo que le hacía falta era un pretexto contra su conciencia.

Fargeau y ella llegaron al sitio en que el hombre de ley los aguardaba.

—Escuchad, señor Besnard—dijo Fargeau:—esta pequeña tiene derecho á saber á fondo el motivo que nos impulsa. Ese motivo es tan honroso, que no tenemos razón de ninguna especie para ocultarlo.

—¡Incontestablemente!—replicó Besnard, que miraba á Fargeau con cierto temor.

—He aquí el hecho, mi querida niña—replicó Fargeau:—á pesar de la preocupación que me inspira la salud de mi pobre tío, pienso en Berta, que es para mí como una hermana muy querida. La suerte ha hecho que haya encontrado excelentes amigos que de buen grado se han unido á mí en este mismo sentimiento de ternura y de conmiseración hacia esa infortunada. ¡Ay, es tan fácil engañarla!

—¡Ay, ay!—dijo Besnard elevando al cielo sus grandes ojos.

Olivette era toda oídos.

—Mi primo Luciano—prosiguió Fargeau,—á quien profeso los más sinceros sentimientos de amistad, acaso no se conduce con toda lealtad. La palabra es fuerte...

—¡No, no—interrumpió Besnard.—La palabra no es demasiado fuerte! ¡Lo que hace es indigno!

—Pero ¿qué?...—preguntó Olivette.

—¡Engañar á una pobre niña ciega!
Y Fargeau pronunció estas palabras como si á pesar suyo las hubiera dejado escapar del fondo de su alma.

—¡Oh!—dijo Olivette con verdadera sorpresa.
—Puesto que la palabra está dicha—exclamó Besnard,—yo digo que eso es innoble.
E hizo el papel del hombre honrado demasiado brusco para contener la lengua.

Fargeau creyó un deber calmarle.
—Pensad—dijo severamente—que no puedo permitir que se insulte á mi primo delante de mí. Luciano es un joven que, como todos, siente todo el fuego de las pasiones...

—¡Todo lo que usted quiera—rugió Besnard;—pero eso es innoble!

—Pues bien, pobre niña—dijo Fargeau volviéndose hacia Olivette, á quien aquella comedia no dejaba de producir cierta impresión,—ya adivina usted cuál es nuestro deseo. Queremos salvar á nuestra prima Berta.

—Ya estoy en ello—interrumpió Olivette.
—¡Sea en buen hora! Pero le prevengo, hija mía, que es preciso salvarla á pesar suyo. Darle consejos, sería inútil; está hechizada. Es preciso engañarla... engañarla para salvarla.

El ojo vivo é inquieto de Olivette dirigió á hurtadillas una mirada á Fargeau. ¿Era cómplice, ó la engañaban?

Había un poco de cada cosa.
En aquel momento Olivette era más engañada que cómplice. Cuanto le decían, lo creía de buena fe. ¡Aquel señor Fargeau tenía tan beatífico aspecto! Y Besnard, el rudo Besnard, con su indignación arrebatada, daba á la escena tal carácter de verdad...

La duda de Olivette sólo duró breves momentos. Fargeau lo adivinó, aunque no tenía la vista fija en ella. Las gentes como Fargeau ven á través de los párpados entornados.

—¡Pobre Berta!—repuso.—¡Le ama!
—¡Oh, sí!—exclamó Olivette.
—Y él, Dios mío! ¿Por qué tengo que acusarle? ¡Él la abandona!

—¡No!—interrumpió Olivette.
Ella sabía mejor que nadie que Luciano no perdía ocasión de ver á Berta.

Aquello iba cada vez peor.
—¡Hija mía, hija mía!—refunfuñó Besnard encogiéndose de hombros con un gesto de energía.—Usted no puede permanecer aquí en Vitré, ¡qué demonio!

Hay palabras que en el fondo no significan nada y que valen tanto como los más sólidos argumentos.
Olivette miró al hombre de ley, que se volvió hacia ella con naturalidad.

Ella no tenía qué objetar.
Fargeau prosiguió:
—No quería decirlo, mi buena Olivette; pero hay, en efecto, un matrimonio proyectado en Vitré.

Se detuvo para ver si la joven tenía noticia de la promesa escrita.

Pero sin duda Olivette ignoraba esta circunstancia, porque se mostró hondamente sorprendida.

—¡Sí, es posible!—dijo.—¡Oh, los hombres, los hombres! Pues bien, señor Fargeau, voy á arreglar eso. ¡Dejadme obrar!

Este no era el propósito de los dos amigos.
—Mi querida niña—replicó Fargeau,—ya comprenderá usted, por el modo como le hablamos, que hemos reflexionado mucho en todo esto. Berta tiene un carácter sombrío; es preciso obrar de cierto modo y con extremada prudencia.

—¡Yo—exclamó Besnard rojo de cólera—iría á ella y le diría francamente: mi buena amiga, vuestro Luciano es un grosero! ¡He aquí todo!

Aquello era incitar el espíritu de contradicción que existe en toda mujer. Olivette, la pobre muchacha, también le poseía como otra cualquiera.

—¡Vaya, vaya, señor Besnard!—dijo sonriendo veladamente.—¡Haría usted una buena obra! ¡Siempre encolerizado! ¡Con miel es como se cazan las moscas!

Después, volviéndose á Fargeau, añadió:
—¡Hable usted, le escucho!
El asunto ya podía considerarse ultimado.
Y sabe Dios que, una vez admitido que *era preciso*

engañar á Berta para salvarla, podían entrar en acción.

Quedaba solamente dar y recibir instrucciones y también hablar algo de la dote.

La conferencia prosiguió amistosamente. Besnard continuó dando rienda suelta á su cólera y Fargeau no abandonó su aparente severidad. Olivette, en aquella hora exacta (no hablamos ni del minuto presente ni del que sigue), estaba persuadida de que ejecutaba una buena acción.

Colmada de caricias, aplicadas, ya á la mejilla con el dorso de la mano, ya á la barba con los dos dedos índice y pulgar, aquella joven de Ille-et-Vilaine seguramente se hallaba en una posición más resbaladiza que la de nuestra madre Eva. En efecto, allí había dos serpientes. ¿Y quién comparará una fruta, aun prohibida, con una dote?

¡Una dote!

—Y bien, ¿qué más?—dijo el doctor Morin al dar la vuelta á la roca en que poco antes se encontraban Tiennet y Jaume el pastor.—¿Hace falta probároslo hasta la evidencia? ¡Vive Dios, señor! *La Bandera Blanca* lo decía esta mañana y *La Estrella* también, y hasta *El Diario*, aunque Martignac lo haya envenenado. Conocemos á vuestro Lafayette y su caballo blanco. ¡Los liberales!

El interlocutor del señor Morin era el joven Menand, el más taciturno de todos los oficiales ministeriales y hombre prudente.

—Sí, señor—decía Morin parándose como hacen los noveleros de París y de los departamentos;—el liberalismo es una serpiente.

Le cogió por los botones y se inclinó hacia él para añadir misteriosamente:

—Caballero, no se lo diría á todos, pero por cartas particulares sé que el duque de Angulema es liberal.

Menand se desasíó, retrocedió dos pasos y restalló la fusta.

Era suficiente para replicar.

—¡He aquí un ser lamentablemente estúpido!—pensó el doctor.—¡Sospecho que es liberal!

¡El Diablo nos lleve si Menand era otra cosa que *Alcachofa* y notario!

Desembocaban ambos en el otero en el momento en que Fargeau y Besnard acababan de adoctrinar á Olivette.

—¡Discreción!—dijo Fargeau.

—Todo está convenido—replicó la joven.

—Si no viene por aquí esta tarde, se hará todo en el jardín del castillo.

—Os digo que vendrá.

El notario rural hizo crujir por segunda vez su fusta en honor de Olivette y la miró con aire jocoso.

Olivette se rió en sus barbas; él pareció encantado.

—Decía á Menand—exclamó el doctor en cuanto pudo ser oído,—porque jamás oculto mis opiniones políticas, que la situación es deplorable...

—¿Cómo está mi tío?—interrumpió Fargeau.

—¡Su tío! ¡Es un liberal empedernido, mi buen amigo!

—Veamos—dijo Besnard cogiéndole del brazo:—pensad que no es ocasión de bromear. Gastamos nuestro tiempo y nuestro dinero. ¿Cómo está ese hombre?

—¡Mejor que nosotros, Besnard! ¡Mejor que nuestra desgraciada Francia!—replicó el doctor con tristeza.—Si se deja hacer al liberalismo...

Besnard le volvió la espalda.

Menand estaba en éxtasis ante Olivette, que buscaba en la verde alfombra las margaritas respetadas por el otoño.

Fargeau se había acercado al doctor y cambiaban algunas palabras en voz baja.

Desde la llegada de los recién venidos, Olivette conocía claramente que era un obstáculo y que estorbaba cualquier confianza. Pero á medida que el tiempo transcurría, se borraba la impresión que le produjeron las palabras de Fargeau. Dudaba; su instinto de mujer olfateaba un complot, y hubiera querido saberlo todo.

Se quedaba allí, conociendo bien que no había derecho á decirle: ¡vete!

No parecía pensar mucho en ir á buscar á su ama,

que, sin embargo, la aguardaba, como ya lo había dicho hacía mucho tiempo.

Alguien se encargó de recordárselo.

En el momento en que la conversación languidecía ya, por más que hubiera muchas cosas que decirse, las ramas del monte se movieron detrás del roble hueco, oyeron unos pasos en el musgo, y un instante después Luciano Crehu de la Saulays, franqueando de un salto la línea de maleza que separaba la plataforma del bosque, cayó en medio de los cuatro amigos.

Llevaba su fusil de dos cañones á la espalda, como siempre, y vestía traje de cazador.

En medio de aquellas cuatro figuras diversamente marcadas con el sello de los réprobos, el rostro del joven brillaba con cierta aureola de franqueza y honradez.

Había corrido por el bosque, sus mejillas estaban animadas y sus rubios y ensortijados cabellos se escapaban en desorden de su pequeña gorra de cuero: estaba encantador por su alegría y su savia de juventud.

No le aguardaban. Al verle, todas las fisonomías recobraron cierto aire de compostura.

Luciano, por su parte, pareció sorprenderse de encontrar allí tan numerosa compañía; pero no tuvo tiempo de manifestar su asombro, porque, como si se hubieran dado santo y seña, todo el mundo se apresuró á rodearle con las mayores demostraciones de amistad. Fargeau saltó á su cuello como si hiciese diez años que no le había visto; Besnard y Morin le apretaron efusivamente la mano, y el mismo Menand joven le hizo un signo de cabeza que traspasaba los límites de su ordinaria cortesía.

—¡Buenos días, Fargeau; buenos días, mis excelentes amigos!—dijo Luciano.—Les anuncio que Juan Crehu se pasea en este momento por su parterre.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron todos.

—Le acompañaremos esta noche á cenar—repuso Luciano—el señor Guerineul, nuestro primo Maudreuil, nuestro primo Houel y algunos más. Pero decidme—añadió vivamente,—¿nadie de ustedes ha visto á mi prima Berta?

—Yo no—respondió Besnard.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Creía encontrarla aquí—dijo Luciano contrariado.—Y lo que me disgusta es que no puedo esperarla, pues tengo que desempeñar una comisión de mi tío en Vitré.

Olivette se ocultaba, porque conocía su falta. Luciano la percibió por casualidad.

—¿Cómo había de estar aquí la pobre Berta—exclamó—si la que debe conducirla y velar por ella la abandona?

—¡Perdón para Olivette!—dijo alegremente Besnard.

Luciano mostraba cierta grave tristeza en la voz y en el rostro.

—¡Perdón!—repitió.—¿No hay también piedad para la pobre y dulce niña que está sola y ciega?

—Bueno—decía Olivette para sí;—pero yo quiero casarme en Vitré como una señorita.

Luciano la cogió por un brazo. Tenía la mirada severa y la voz ruda.

—Hija mía—repuso,—puedes ser coqueta, perezosa, embustera y mala como dicen...

—¿Quién dice eso, señor Luciano?—preguntó Olivette alzando la cabeza.

Sus delicadas cejas estaban fruncidas. En aquel momento se hubiera podido adivinar lo que había bajo aquella graciosa figura risueña y provocativa.

—¡Calla!—replicó Luciano con autoridad—Puedes ser todo eso, me importa poco. Pero cuando se trate de mi prima Berta, camina rectamente, ¿lo entiendes bien? porque á la primera falta, ella será tan buena que te perdone, pero yo te despediré.

Dos lágrimas surcaron el rostro de Olivette, dos lágrimas de cólera y de vergüenza.

Cuatro hombres presenciaban su humillación.

Luciano le soltó el brazo.

—¡Despedirme!—replicó ella.

Fargeau estaba á su derecha.

—¡No es él el único amo aquí!—murmuró por lo bajo.

—¿Y qué te importará ser despedida—le dijo Bernard al otro oído—cuando seas rica?

Entre sus lágrimas una sonrisa de orgullo iluminó la fisonomía de Olivette.

—¡Vamos, vamos!—exclamó Morin.—¡No nos enfademos, hela allí!

Todos se volvieron hacia él, que con el brazo extendido señalaba el sendero del castillo.

En lo alto del camino, á los oblicuos rayos del Sol de invierno, aparecía una joven graciosa y blanca.

Su traje flotaba al viento; su traje y sus largos cabellos negros, que se escapaban de su sombrero de paja.

Llevaba de la mano una cinta rosa unida al collar de plata de un pequeño perrito blanco.

Era Berta la ciega, que en vano había esperado á Olivette, y que acudía sola á la cita que le había dado Luciano, por el abrupto sendero de la montaña; sola, á pesar de las hendiduras del camino, las piedras y los espinos. Se la veía sonreír á los rayos del Sol. Santa y hermosa, sonreía llena de confianza en Dios, entregada á sus pensamientos de amor.

XX

¡Pobres amores!

Apenas Luciano hubo percibido á Berta, se dirigió hacia ella á todo correr.

Le siguieron los demás; porque ¿á quién no le parecería poco cuanta ternura y miramientos se guardasen con aquella querida señorita Berta?

Olivette quedó sola en la plataforma, abandonada y confusa. ¿Hará falta decir que en lo sucesivo sería cómplice, y no engañada? Se apoyó en una roca é inclinó la cabeza sobre el pecho, que palpitaba ace-



Olivette quedó sola en la plataforma, abandonada

leradamente. Las lágrimas se habían secado en sus ojos.

Dirigió una mirada hacia el sitio donde Berta, rodeada y festejada, acababa de detenerse.

Berta sonreía feliz, porque Luciano la había alcanzado y le estrechaba las manos. En su frente tranquila y pura había como un dulce brillo. Estaba hermosa, con la suave y tranquila belleza que se supone á los ángeles.

Pero sus grandes ojos abiertos, sus ojos azules, tan dulces y tan bellos, miraban de frente al Sol, y no le veían.

Olivette pensaba: «¡Pues bien, yo creo que me cambiaría por ella!»

Una sonrisa de malicia y de celos se pintaba en sus labios.

—¡Qué imprudencia!—decía Luciano.—¡Se lo suplico, Berta; no se exponga de ese modo!

Y los cuatro buenos hombres, Fargeau, Morin, Besnard y Menand, replicaron á coro:

—¡Qué imprudencia!

Permítasenos que no podamos afirmar que Menand pronunciase una palabra; pero se quitó el sombrero y se arregló los cabellos que caían sobre su frente: era todo lo que se podía exigir de él.

—Tenía á Cheri—dijo Berta sonriendo é inclinándose para acariciar al lindo perrito blanco.

Pero Luciano había cogido al perro y le cubría de besos.

—¡Conmovedor cuadro!—dijo Besnard á Fargeau al oído.

Luciano había dado el brazo á Berta y todos descendieron la rampa.

Fargeau y Besnard rompían la marcha. Morin iba detrás con el sombrero en la nuca. Berta y Luciano, en pos de él, hablaban bajo.

—No hay que reñirla—dijo Berta, sin duda respondiendo á alguna palabra de Luciano.—¡Pobre Olivette! ¿Dónde está?

—Id, Olivette; id, hija mía—dijo dulzamente el joven Fargeau, —á dar gracias á ese ángel que intercede por usted.

—¿Viene, pues, Olivette?—exclamó Berta.—¿Cree

usted, Luciano, que es muy alegre conducir siempre á una ciega? ¡No quiero que la riñan! ¡Ven á abrazarme, mi pobre Olivette!

La joven se conmovió al fin. Berta la besó en la frente.

—Me amas—repuso,—bien lo sé. ¡Oh!—añadió pasando sus dedos por las mejillas de la joven aldeana.—¡Ha llorado!

Y la besó de nuevo más tiernamente.

Bajo sus caricias, Olivette cambiaba de color, balbuceaba y no sabía qué responder. ¡Ella, cuya lengua no podía estar ociosa!

Al cabo de algunos segundos se alejó.

Y al alejarse, decía:

—¡Sí, quiero mucho á la pobre señorita! ¿Podía dejar que continuase engañándola el rubicundo Luciano? ¡Oh, no!

*
*
*

En el hueco del gran roble de la Mestivière, en el mismo sitio en que poco antes se ocultaba Jaume el pastor para aguardar la llegada de Tiennet Blöne, Luciano y Berta estaban acurrucados uno cerca del otro como dos pájaros en el nido.

Cheri, el perrito, blanco como un manguito de pluma de cisne, jugaba en la hierba atado á una rama por su cinta rosa.

Fargeau, Morin, Besnard, Menand y Olivette se habían alejado, porque el joven Fargeau había hecho observar con suma discreción que sus primos tendrían quizás alguna cosa que decirse.

Olivette había recibido orden de estar pronta para conducir de nuevo al castillo á Berta dentro de media hora.

Los cuatro amigos, descendiendo por el sendero occidental, habían ido á las orillas del Vesvre para ver si la inundación había terminado y hablar un poco de sus asuntos.

Berta y Luciano quedaron solos.

Berta oía palpar el corazón de Luciano y respiraba su aliento.

Se amaban como se ama á los veinte años, cuando uno es sencillo y bueno y tiene el corazón virgen.

Para Luciano, Berta lo era todo. Para Berta, no había en el mundo nada más que Luciano.

Estuvieron silenciosos largo rato; al fin dijo Luciano.

—¡Oh Berta, qué hermosa eres!

La joven se estremeció dulcemente al sonido de aquella voz.

—¡No soy feliz—repetía Luciano—sino cuando estoy cerca de ti; solo contigo, cuando puedo decirte diez veces, veinte veces: te amo, te amo, te amo!

Berta sonrió radiante de felicidad.

—¿Me amas, Luciano?—respondió.—¡Oh, nunca me canso de oírte decir!

—¡Te amo, te amo, te amo!—repetía Luciano cubriendo de besos sus hermosas y pálidas mejillas.

Después añadió como en éxtasis:

—¡Si supieras cuán hermosa eres, Berta querida!

Berta sonreía con tristeza.

—Es verdad—dijo,—no lo sé. ¡Dios mío! Lo que quisiera ver no es á mí, Luciano; es á ti. Me parece que te adivino y que entre todos te conocería. ¡Debes de ser tan hermoso!

—¡Loca!—murmuró Luciano, besando sus cabellos.

—Cuando me dices «te amo»—prosiguió Berta,—me parece estar en el Cielo. ¡Oh, es demasiada felicidad! ¡Amo demasiado... tengo miedo!

—¿Miedo?—repitió Luciano.—¿Por qué?

Berta dudaba. Incluyó la cabeza sobre el pecho de Luciano.

—¿Acaso lo sé?—dijo muy bajo.—¿Cómo decirte lo que no es cuando estás cerca de mí cuando tengo miedo, no. Cuando estás á mi lado, cuando oigo tu voz querida, que hace palpar mi corazón, me parece que mi noche se aclara. Adivino los rayos de nuestro Sol y el hermoso cielo azul de que tanto me hablas; ese cielo que mis pobres ojos no verán nunca. Es como un sueño que me desvanece y me encanta.

Había algo de éxtasis en su sonrisa.

Mas aquella sonrisa desapareció.

—Cuando te alejas—repuso con repentina tristeza,—vuelven las tinieblas. Por fuera y por dentro de mí, todo es mudo, frío, triste; la esperanza huye, y decaigo. Es verdad, Luciano: entonces tengo miedo, ¡mucho miedo!

—¡Loca, querida loquilla!

—No—dijo Berta,—no soy loca. Si llegases á olvidarme...

Luciano le puso la mano en los labios y no le dejó terminar.

Después le dijo, adoptando un tono serio:

—¡Es imposible eso, Berta! ¡Olvidarte yo! ¿Acaso crees que no tengo corazón ni alma?

—¡Perdón, perdón!—dijo la joven.

—Es imposible; pero, en fin, Berta, ¿tengo en el mundo un pensamiento que no sea para ti? Me has dado tu corazón, y yo te he dado mi vida. Tú has hecho más, es verdad, porque las mujeres tienen sobre nosotros la ventaja de poder arrojar en nuestros brazos y decirnos: «¡Toma, he aquí mi alma entera, mi honor en el mundo, mi salvación ante Dios: soy tuya, toda tuya!» ¡Oh Berta! Te lo juro por la memoria de mi madre, que también te hubiera amado mucho: estás confiada á un hombre honrado. No me interrumpas para decirme: «Ya lo sé», porque no te he expresado todo mi pensamiento. Berta, eres mi esposa ante Dios. Veo tus dulces labios moverse y oigo que repiten: ¡Ciega! ¡ciega! ¡Pobre adorada! Pero te amo cien veces más á causa de eso mismo.

—¡Qué bueno y qué noble eres!—murmuró Berta

—¡Calla! ¡Te amo, y eso es todo! Yo también, lejos de ti, estoy triste; también yo te busco, te quiero, te llamo. ¡Berta, mi amada Berta! Me parece que cuando nuestro hijo esté con nosotros sonriéndonos hermoso como un ángel, porque se parecerá á ti, enloqueceré de felicidad.

Berta se había tapado los ojos, como si sus pupilas hubiesen tenido ¡ay! necesidad de un velo.

—Escucha—prosiguió Luciano, que la sostenía trastornada entre sus brazos;—verás á nuestro hijo. No sé si seremos ricos; pero cuando sea tu esposo (y eso

no ha de tardar mucho), entonces, mi pequeña Berta, iremos á París.

Su voz tomaba un acento de severa gravedad.

—En París—añadió—los médicos hacen milagros. Daré á un médico cuanto tenga y curarás.

Berta movió lentamente la cabeza.

—Te digo que curarás—exclamó Luciano con cólera infantil.—¡No me contraríes siempre, Berta! Te lo digo y estoy seguro de ello—replicó besándola apasionadamente.—¿Acaso sabes de estas cosas? En París, óyelo bien, se hace todo cuanto se quiere.

—¿No hay ciegos en París?—preguntó Berta.

En vez de responder, Luciano le estrechó las manos.

—¡No, no!—repuso con petulancia.—No daré todo nuestro dinero al médico que te cure; no le daré más que la mitad. Pienso, Berta, que es preciso que tengas sedas, terciopelos, perlas, cuanto adorna á la mujer. Quiero que en París seas, como en Vesvron, la más hermosa. ¡Querida mía! El día que puedas mirarte en un espejo, el día que puedas ver, como yo lo veo, tu corazoncito sobre tu delicioso rostro, comprenderás por qué te amo tanto.

—Yo te amo sin haberte visto nunca—interrumpió Berta, que estaba distraída, posando sus labios sobre los dedos de Luciano.

—Y entonces, Berta—prosiguió el joven,—no dirás que tienes miedo.

—¡Oh, ese tiempo no llegará!—dijo Berta con un suspiro.

Luciano se inclinó sobre ella para examinarla más atentamente. No sonreía.

—¡Tú tienes algo, Berta!—dijo con voz alterada.—¡Algo que me ocultas!

Berta levantó los brazos y juntó las manos detrás de la cabeza de Luciano, que la atrajo hacia sí.

—¿No te enfadarás?—murmuró.

—¡Enfadarme! ¿Por qué?

—A los que priva Dios del sentido de la vista les compensa con otro muy sutil, que no tiene nombre, pero que todos los ciegos poseen. Se adivina, se oye, se sabe... Pues bien, yo he adivinado que no me quieren.

—¿Quién?

—Los que nos rodean. Tal vez no lo creas, pero estoy segura de lo que digo. Hay como una liga misteriosa contra tu amor, que es mi vida. Y...

Se detuvo como indecisa; después añadió:

—¡Eres tan bueno, Luciano!

La frente de éste se oscureció.

—Quieres decir tan débil, ¿verdad?—dijo amargamente.

—¡Tal vez!—replicó Berta con apagada voz, semejante á un murmullo.

Luciano se repuso. Un relámpago pasó por sus ojos, pero fué cuestión de un instante.

—¡Es verdad!—dijo.—¡Soy débil, bien lo sé! Pero si alguna vez te atacaran, me volvería fuerte. No temo nada, mi pequeña Berta, esposa mía. ¡Cuánto me gusta llamarte así! No temas nada; mi debilidad no es cobardía.

—¡Cobardía!—exclamó Berta, que á su vez se irguió orgullosa.—¡Cobarde tú, Luciano! ¡Oh, bien sé que eres bravo como un león!

Luciano la estrechó contra su corazón.

—¡Gracias!—murmuró.—Creo que tienes razón, Berta; soy bravo. Pero esta debilidad que te da miedo, y que yo también temo, es la que me ha hecho firmarte esa promesa de matrimonio, para obligarme á mí mismo.

Su mirada escudriñó el fondo del roble hueco y se posó en una de las cavidades musgosas de que hemos hablado.

Berta no dijo nada.

Pero su rostro hablaba por ella, su rostro de ciega, que parecía haber modelado Dios con todas las delicadezas de expresión, como para reemplazar en su alma vidente la ausencia de la vista.

Parecía decir: «Mi pobre Luciano, me has hecho tocar una vez un papel y me has dicho: Eso es una promesa de casamiento. Te he creído, Luciano mío, como te creo siempre, y te he dado gracias desde el fondo del corazón con lágrimas en los ojos; pero para mí todos los papeles se parecen».

—Guarda silencio—dijo Luciano, que leía en la hermosa fisonomía de Berta como en un libro abierto el pensamiento que acabamos de transcribir.

—Tu palabra, Luciano; he aquí mi verdadera garantía.

Luciano no pudo menos de exclamar en tono de reproche:

—¿Acaso dudas del valor de esa promesa?

—¿Yo?—dijo Berta asombrada.—¡Dios me libre de ello! Eso sería dudar de ti, Luciano. Guardo esa promesa; la palpo cuando nadie me espía, la beso: es mi tesoro, el porvenir de nuestro pobre hijo—añadió apoyando su hermosa cabeza en el hombro de Luciano,—y siempre la llevo conmigo. El día que no me quieras, ya sabes dónde recuperarla. ¿Qué más necesitaría yo para morir?

Su voz se perdía en un murmullo á la vez dulce y quejumbroso.

Luciano golpeó el suelo con el pie.

—¡Oh! ¡He aquí las mujeres!—exclamó encolerizado.—¿Morir? ¿Por qué hablar de eso? ¿Se trató acaso de morir? Te aseguro que serás tan dichosa como eres amada. ¡Vaya, pronto una sonrisa, ó me enfado de veras!

La sonrisa no se hizo esperar en los labios de Berta. Pero Luciano permaneció triste.

—¡Vamos!—dijo levantándose bruscamente.—Tengo para todo el día. Desde aquí hasta Vitré he de verte llorar y oírte decir: ¿Tengo necesidad de más para morir? ¿Morir, Berta? ¿Morir tú? ¡Vaya, si me amas, deja en paz á mi pobre corazón!

Ella se abrazaba á su cuello. Estaba hermosa en su amor, á la vez casto y ardiente. ¡Hermosa, hermosa!

Luciano la sostenía en sus brazos. Sus labios se unieron.

De pronto se estremeció Berta y se echó violentamente hacia atrás.

—¡Allí hay alguien!—dijo.—¡Allí!

Su dedo extendido designaba la parte del roble hueco que se apoyaba en el bosque.

—Pues bien, á ese alguien que hay allí—dijo Luciano en voz alta y riendo—le invito á nuestras bodas. ¿Lo oye?

Nadie respondió.

—Te habrás engañado, Berta—replicó Luciano se-



—¡Allí hay alguien!—dijo.—¡Allí!

riamente;—pero lo dicho, dicho está. Nos hemos entretenido demasiado. Voy á Vitré á llevar una carta de mi tío y al regreso te hablaré de nuestros asuntos.

—¡Oh!—dijo Berta asustada.

—Tranquilízate. Te aseguro que antes de quince días serás mi esposa ante el alcalde y el señor rector.

Cogió su fusil, que estaba arrimado al árbol, y volvió hacia Berta, que le abrazó otra vez.

—Hasta la vuelta—le dijo.—¿Has oído alguna vez hablar del señor Honorato Crehu de Pelihou?

—No—replicó Berta.

—En Vitré—terminó Luciano, que leía las señas de una carta.—Creo conocer á todo el mundo en Vitré, sobre todo á los que llevan nuestro nombre. En fin, no importa. ¡Hasta la vista!

Salió del hueco del árbol y llamó á Olivette, que apareció al punto, rígida, digna, erguida.

—Vas á conducir á Berta al castillo, Olivette—le dijo Luciano.—¡Oh, y ahora que recuerdo! Te he reñido antes; pero te daré un pañuelo para el cuello por el regaño.

—No me hace falta su pañuelo para el cuello, señor Luciano—contestó Olivette secamente.

—¿Eh?—dijo el joven, que creyó haber oído mal.

—Recibo mi salario para cumplir con mi deber—prosiguió Olivette, que había adoptado el continente de una reina de teatro.—Guarde usted sus regalos para las señoritas de Vitré.

Esto fué dicho, con la justa medida que posee solamente la más bella mitad del género humano, bastante alto para que lo oyese Berta, y lo suficientemente bajo para que Luciano prestase oído y repitiese:

—¡Eh!

El golpe de Olivette perdió todo su efecto, pues que Berta no prestó atención alguna á sus palabras.

Luciano le volvió la espalda, abrazó á Cheri en nombre de su ama, y descendió por el sendero que conducía al Vesvre.

Mientras Luciano descendía hacia el llano, Berta, que con la vista no podía seguirle, le escuchó hasta

que el rumor de sus pasos se hizo insensible á su oído finísimo.

Entonces cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció pensativa.

En aquel momento se encontraban en el otero Berta, Olivette y Fargeau Crehu de la Saulays.

—¿Es muy tarde?—dijo Berta al cabo de un minuto.

Olivette miró á Fargeau, que le hizo una seña.

—No—respondió.

—¿Se ha puesto el Sol?

El Sol se había puesto; la tarde caía.

Obedeciendo á una señal de Fargeau, respondió Olivette:

—No, señorita; el Sol aún no se ha puesto.

Para aquella desgraciada criatura privada de la vista, todos los peligros se agrandaban hasta el infinito. Para ella, las invenciones de la Edad Media eran realidades.

No había necesidad de magia ni de sortilegios para empujarla hacia el abismo, abierto pérfidamente.

Bastaba un hombre infame y cobarde hasta el punto de abusar de tan profunda desgracia.

Fargeau estaba allí.

Olivette repuso:

—Está usted muy pálida, señorita Berta. Descanse antes de volver al castillo. Tiene tiempo bastante.

Berta se sentó.

Sus pensamientos la absorbían. Tenía el corazón henchido. Las últimas palabras de Luciano repercutían aún en sus oídos.

Iba á ser su esposa.

Berta era dichosa, con esa felicidad violenta que hiere el alma; á su alegría se mezclaban el sufrimiento y el temor.

El corazón adivina. Los que aman con entusiasmo son profetas.

Luciano acababa de atravesar el Vesvre, vuelto á su cauce, y cantando seguía el camino de Vitré.